

Jicoténcal (Filadelfia, 1826), temprana novela histórica latinoamericana entre la postindependencia y el neocolonialismo

Francisco Bustamante¹

Universidad de la República
Instituto de Profesores Artigas

407

Jicoténcal, publicada anónimamente en español en Filadelfia, es de las primeras novelas históricas en esta lengua. Narra el dilema de los indígenas tlaxcaltecas, entre sacudirse el dominio de los aztecas aliándose a Hernán Cortés o cerrar filas con ellos para repeler al invasor. La reconstrucción de la encrucijada plantea en clave ficcional una revisión de la conquista de México que permite sopesar los desafíos de la época de su publicación. Con el Imperio Español reducido a una mínima expresión, las nóveles repúblicas criollas necesitaban forjar un imaginario que las legitimara y una identidad nacional necesaria para enfrentar la amenaza de nuevos poderes coloniales. Su lectura hoy promueve la interrogación sobre las relaciones de las naciones y los pueblos latinoamericanos con el exterior y entre sí.

¹ Doctor en Literatura Latinoamericana por la University of Florida. E-mail: panchobustamante@gmail.com

Jicoténcal, es de las primeras novelas históricas escritas en español². Narra el dilema de los indígenas tlaxcaltecas entre sacudirse el dominio azteca aliándose a Hernán Cortés o cerrar filas contra el invasor. La reconstrucción de la encrucijada plantea en clave ficcional una revisión de la conquista de México que permite sopesar los desafíos de la época de su publicación. Con el Imperio Español reducido a su mínima expresión, las noveles repúblicas criollas necesitaban forjar un imaginario que las legitimara y una identidad nacional necesaria para enfrentar la amenaza de nuevos poderes coloniales. Su lectura hoy promueve la interrogación sobre las relaciones de las naciones y los pueblos latinoamericanos con el exterior y entre sí.

1. Datos esenciales y argumento de la novela

En 1826, en Filadelfia, el editor William Stavely publicó en español la novela *Jicoténcal* de autor anónimo. En ella se narran sucesos cruciales que condujeron a la conquista de México por Hernán Cortés. Tanto éste como otros personajes protagónicos (los dos Jicoténcal³, padre e hijo, Magiscatzin, Diego de Orgaz, fray Bartolomé de Olmedo, Moctezuma, Doña Marina, conocida como “La Malinche”) son figuras históricas que participaron aquellos acontecimientos. El personaje epónimo fue un jefe opuesto a que Tlaxcala se aliara a los españoles cediéndoles el paso en su ruta a Tenochtitlán y dándoles auxilio militar. Contaba con el apoyo de su padre, uno de los gobernantes tlaxcaltecas, pero con la oposición de Magiscatzin otro jefe que para imponer su poder sobre su pueblo se apoya en los españoles. El joven Jicoténcal terminará ejecutado por Cortés acusado de traición por acercarse a los aztecas. Entrelazada con estos acontecimientos históricos se encuentra un ficcionalizado relato de amor que liga al joven Jicoténcal con Teutila, obstruido por Cortés. Al que se suma embrollo de pulsiones dignas de una comedia renacentista que enfrenta y acerca a Diego de Ordaz y a Doña Marina, alternativamente oponentes y auxiliares de los amores de la pareja central.

2 La primera novela histórica de lengua española es Ramiro, conde de Lucena (1823) del español Rafael Húmara Salamanca. Ver LLORÉNS, Vicente. “Sobre una novela histórica: Ramiro, Conde de Lucena (1823)”. *Revista Hispánica Moderna*, Año 31, n° 1/4, Jan./Oct., 1965, pp. 286-293.

3 Para evitar la confusión de los nombres, se llamará Jicoténcal al personaje protagónico de la novela y a su padre se le llamará “el viejo Jicoténcal”.

La desenfrenada ambición de poder de Cortés lanzado a conquistar civilizaciones y mancillar nobles indígenas, un análogo impulso de Magiscatzin por alzarse con el poder, el inflexible idealismo de un joven y patriota indígena y su amada que no es más que su doble femenino, constituyen el núcleo central en que se basa la trama. A su alrededor un par de ancianos, el viejo Jicoténcal repleto de sabiduría y experiencia y el fraile Olmedo continuamente vapuleado por los razonamientos de sus contradictores tanto españoles como indígenas. Luego dos jóvenes que dudan entre servir a los valores morales o a su apetito parcialmente confundido con amor, son ellos: Ordaz que desea a Teutila pero es amigo de Jicoténcal y Marina que desea a Ordaz pero es la esclava sexual y agente más o menos encubierta de Cortés.

La muerte moviliza la metamorfosis de los personajes, Magiscatzin comprende la vanidad de sus afanes por ser el amo tlaxcalteño y admite las traiciones y crímenes cometidos. Marina espantada por la posibilidad de morir de las fiebres que le provoca el parto del primer mestizo, se arrepiente, acerca y colabora con Teutila. Sólo la pareja indígena de jóvenes enamorados no modera la rigidez de su caracterización como dos personajes planos (según la conocida tipología de E.M. Forster). Jicoténcal prácticamente se conduce a la horca que acepta con mansedumbre, sacrificándose por la patria. Teutila, aunque igualmente tenaz en su virtud, muere desesperada, intenta la venganza pero su plan de matar a Cortés falla al ser más veloz la energía del veneno del suicidio que la potencia del puñal del tiranicidio.

2. En clave novelística la historia de la conquista mexicana

Jicoténcal como novela histórica que es se presenta como un diseño artístico que combina acontecimientos y figuras conocidas y procedentes del discurso historiográfico con personajes y representaciones ficticias. La fuente historiográfica de la novela es la “Historia de la conquista de México” de Antonio de Solís, una obra publicada en 1684 (o sea, ciento sesenta años después de los hechos) por alguien que nunca estuvo en tierra americana y la ejecutó por encargo de la Corona en su calidad de Cronista Real. El autor anónimo acredita la fuente explícitamente que se manifiesta bajo la forma de citas textuales de párrafos destacados en cursiva incorporados al cuerpo de la novela. Así se visualiza un discurso historiográfico que

se ensambla armoniosamente con el ficcional, se pretende de ese modo validar afirmaciones como si fueran de carácter inobjetable. Los párrafos extraídos de Solís insertos en la novela reproducen oratoria política de españoles e indígenas sugiriendo que el novelista anónimo quiso reproducir con máxima fidelidad la voz de los protagonistas. Aunque no se cuestiona el que esos discursos puedan estar seriamente alterados por la obra de Solís.

Las dimensiones historiográfica y ficcional se sostienen mutuamente y al complementarse contribuyen a reforzar sus efectos. El material proveniente de la disciplina histórica aporta la legitimidad que le da su anterioridad cronológica. Su al menos aparente objetividad otorga verosimilitud al material ficcional. Éste al incorporar tipos humanos y actividades y dimensiones privadas ausentes en la Historiografía tradicional ayuda a que las figuras y acontecimientos de la Historia sean vistos más humanamente próximos a la experiencia de los lectores.

410

Un conjunto de motivaciones psicológicas sostienen una explicación de la conquista de México; estos son el amor, las luchas personales, los deseos, ambiciones, abnegación, sentido de justicia, fanatismo, codicia. Ésta, como todas las ficciones históricas relata la vía por la que los hechos conocidos llegaron a definitivamente ser, a la vez que crea la expectativa de la posibilidad – finalmente frustrada – de que no llegaran a ser. El texto despliega la resistencia de ambos Jicoténcal a las maquinaciones de Cortés y de su corrupto aliado Magiscatzin. También crea la verosímil posibilidad de la muerte de Cortés a manos de Teutila y muestra su fracaso. La intrépida viuda antes de aproximarse al conquistador toma un veneno para no durar con vida en manos de sus enemigos. Un hecho imprevisto demora a Cortés que arriba cuando ya el veneno paraliza a la vengadora.

La consulta de fuentes históricas confirma algunas informaciones contenidas en la novela y en otros casos revela un desvío. Existió el personaje epónimo de la novela, Xicoténcatl Axayacatl fue un caudillo local tlaxcalteca, hijo de uno de los cuatro máximos gobernantes de Tlaxcala y libró una lucha de poder interno por causas no determinadas durante el momento de la invasión española. Fue derrotado y, como lo muestra el famoso Lienzo de Tlaxcala⁴, fue bautizado. Quizá esto contradiga el clima de crítica indígena al catolicismo que muestra la

4 Fue un códice pintado hacia fines del siglo XVI con el que la ciudad de Tlaxcala quiso hacer valer sus méritos como auxiliar de la conquista de México.

novela pero es sabido que los españoles bautizaban a los jefes indígenas antes de ejecutarlos. Con mayor seguridad se aprecia una intensa manipulación de interpretaciones sobre su actuación y valor como figura histórica. Considerado un traidor en los tiempos coloniales, desde la Guerra de Independencia su reputación se transformó radicalmente al considerárselo opuesto a Cortés y a la Conquista. Algo que en opinión de un historiador, no depende tanto de un mayor conocimiento de sus acciones como de la valoración que se tenga de la Conquista (HASSIG, 2001, p. 29).

El historiador mestizo Diego Muñoz Camargo (1528-1599) informa sobre la práctica de sacrificios rituales por parte de los tlaxcaltecas, al igual que muchos pueblos mesoamericanos, contradiciendo la imagen idealizada que se da de estos indígenas en la novela. Jicoténcal el viejo, dice en un discurso que los vicios de los españoles eran “desconocidos en estos climas” (MUÑOZ CAMARGO, 1986, p. 22) y cuando se narra que Cortés hizo mutilar prisioneros se dice que era un “horror sin ejemplo en aquellas regiones” (p. 38). Confirma este historiador colonial el mutuo odio entre su pueblo y los aztecas, que los rodeaban y los tenían encerrados “como codornices en su jaula” (p. 148). La descripción de la estructura política de Tlaxcala que da Muñoz Camargo muestra una organización confederal en que las cuatro parcialidades internas se ligaban sólo para asuntos militares y relaciones exteriores. Gerardo Vázquez comenta: “Los castellanos [...] notaron la gran similitud que existía entre la estructura política de Tlaxcallan y la de los pequeños estados italianos y, consecuentemente, llamaron república a Tlaxcallan y senadores a sus gobernantes” (en nota a MUÑOZ CAMARGO, 1986, pp. 135-136).

3. Raíces neoclásicas al elogio de la ética liberal y republicana y la apología del tiranicidio

Los temas y formas de esta novela son un producto híbrido que entremezcla rasgos de origen neoclásico con rasgos románticos, ambos basculan constantemente en ella. Es probable que se deba a las mixtas influencias que conjugadas en una obra compuesta en una coyuntura en la que el romanticismo francés, inglés, estadounidense y alemán había dado muestras cabales de su producción pero que en el ámbito iberoamericano todavía perduraba la escuela neoclásica

Un rasgo de origen neoclásico que predomina en *Jicoténcal* es la exaltación de la virtud como supremo valor de conducta humana y de base para la organización política. La trama novelesca está completamente arropada en un discurso moralizante que en tono elevado y de modo explícito y directo alecciona sobre moralidad individual pública, filosofía de la Historia, etc. Invariablemente cada capítulo comienza de ese modo y se interrumpe a menudo la narración para evaluar desde esa perspectiva las acciones. A vía de ejemplo, el comienzo del capítulo cuarto:

Cuando las divisiones intestinas rompen la unión de un pueblo, éste es, sin recurso, la víctima de sus enemigos, y más infaliblemente si la astucia y las artes de la política se saben aprovechar de las ventajas que les ofrece la discordia. ¡Pueblos! Si amáis vuestra libertad, reunid vuestros intereses y vuestras fuerzas y aprended de una vez que si no hay poder que no se estrelle cuando choca contra la inmensa fuerza de vuestra unión, tampoco hay enemigo tan débil que no os venza y esclavice cuando os falta aquella (p. 71).

412

El narrador prosigue “Tlascalca es un ejemplo palpable de esta verdad” con un franco didactismo que demuestra que la trama novelesca es la esclava de la intención aleccionante del autor.

Salvo los necesarios villanos: Cortés y Magiscatzin, los restantes personajes son un dechado de virtud, actúan fríamente cumpliendo con seguridad el deber que les dicta la conciencia aunque ésto los conduzca a la muerte. Ambos Jicoténcal y Teutila son virtuosos ineludiblemente, mientras que Ordaz y D^a Marina penosamente remontan sus flaquezas para enderezar el rumbo y tornarse aliados de la pareja protagónica. El medio de lograrlo es el sacrificio de los intereses personales en beneficio del bien colectivo. Jicoténcal el viejo, lo declara al afirmar que su hijo podría liberar a Teutila cautiva de Cortés: “Pero también tiene una patria y sabe que debe sacrificarle sus pasiones” (p. 52). Él mismo negocia con flexibilidad y acepta perder confiando en que en el futuro se pueda revertir el resultado. Jicoténcal el joven, es el monumento a la virtud sacrificada. Trata con Cortés desdoblado su rol de jefe político y militar y su amor por Teutila. No se opone al órgano legítimo que le manda obedecer medidas que considera perjudiciales para su patria, sacrifica la felicidad de su amor y sacrifica su propia vida. Teutila se inmola intentando matar a Cortés

para vengar la muerte de su esposo y para detener la máquina de guerra contra los pueblos mexicanos. A D^a Marina el contacto de los esposos tlaxcaltecas le enseña a actuar con dignidad renegando de su papel de servidora complaciente de Cortés. También a Ordaz la amistad de Jicoténcal le hace madurar su germinal crítica a la Conquista y declinar su deseo por Teutila.

La virtud es considerada en esta obra como el único material digno para construir las organizaciones políticas y guiar las relaciones entre los pueblos y estados. Es ésta una idea – fuerza del acervo de la Ilustración que gozó de mucho vigor durante el período jacobino de la Revolución Francesa. La novela pinta a Tlaxcala como un modelo de organización republicana cuya máxima autoridad es el senado. A él se someten los jefes como Jicoténcal el viejo y Magiscatzin; Jicoténcal el joven obedece sus dictados, entre ellos el ser depuesto. La organización política parece calcada de instituciones y teorías del liberalismo europeo. Se aboga por el republicanismo como óptima fórmula política. Jicoténcal en debate con Ordaz ataca el gobierno personal:

413

No me es posible concebir [...] como unos hombres que sin duda tenéis valor, y algunos también virtudes, estáis sometidos a un déspota, que cuanto más poderoso sea tanto no más os tiranizará. El gobierno de uno sólo no me parece soportable sino en los pueblos cuya ignorancia los hace incapaces de mirar por sí mismos o cuyos vicios y envilecimientos los hacen insensibles a la opresión. Este gobierno tiene para mí el grande inconveniente de la natural propensión del hombre a abusar del poder; y cuando el poder de uno solo domina, no hay más leyes que su voluntad. ¡Desgraciado el pueblo cuya dicha depende de las virtudes de un hombre solo! (pp. 50-51).

El dardo puede aplicarse a la relación entre Cortés y su hueste en la que Ordaz cumplía órdenes pero cuando éste elogia a la institución monárquica, el indígena defiende su “gobierno popular” en el que obedeciendo las leyes “seguimos [...] el camino de la virtud y la gloria”. Y añade, siempre empleando la clave ética para juzgar la buena política: “un rey es un hombre, tiene pasiones y puede llegar a ser un monstruo” y por si faltaran pruebas: “Motezuma era virtuoso” pero ahora [...] “se ha convertido en un tirano orgulloso” [...] “el azote de sus pueblos” (p. 51)⁵.

⁵ Aunque sobre un asunto lateral, en otro sitio la propia voz del narrador se refiere al: “vértigo

La apología de la república y la condena de la monarquía es manifiesta. En ocasiones, el narrador omnisciente en sus evaluaciones morales menciona los nombres de figuras históricas (Catón⁶, Bruto, Nerón y Calígula), revelando una veta clasicista para la cual la Historia romana es la experiencia política paradigmática. Las figuras citadas ejemplifican tanto a quienes procuraron frenar el proceso hacia el poder personal como a quienes encarnaron la total corrupción imperial.

Para finalizar el recuento, la novela se muestra tributaria de la cultura neoclásica en la apología del tiranicidio. Éste fue considerado por varios teólogos cristianos desde Tomás de Aquino a Francisco Suárez como un modo moralmente justificado de eliminar a un gobernante ilegítimo que arrasa con la dignidad de sus súbditos y un ejercicio legítimo del derecho a la resistencia a la opresión. El plan ideado por Teutila encuadra exactamente dentro de los requisitos postulados por Juan de Mariana para justificar esta forma de homicidio político. En su “De rege et regis institutione” (1599) el jesuita español aprueba el tiranicidio no por cualquier procedimiento de muerte sino cuando el asesino inmole su propia vida en la empresa. Dice que es lícito “matar al príncipe como enemigo público, con la autoridad legítima del derecho de defensa. Pues esta facultad reside en cualquier particular que, sin preocuparse de su castigo, y despreciando su propia vida, quiera ayudar a la salvación de la patria” (MARIANA, 1981, p. 80). Puede ser curiosa la adopción de este enfoque en la novela, pero se podría hipotetizar que la apelación al puñal tiranicida puede ser un expediente para un pensamiento republicano no muy nutrido en los principios liberales y democráticos⁷.

monárquico que ha embrutecido por tantos tiempos a Europa” (p. 120).

6 Resulta jocosa la circunstancia en que es mencionado este censor de la república. D^ª Marina despechada porque Ordaz rechaza escandalizado su declaración de amor, le espeta: “¡Anda, Catón ridículo!” (p. 62). Es mucho más ridículo que el autor no advierta que difícilmente la indígena pudiera hablar así.

7 En 1843 el argentino José Rivera Indarte publicó en Montevideo el ensayo “Es acción santa matar a Rosas”, traza un recuento erudito y exhaustivo de la historia del tiranicidio donde no falta el verso – hoy no cantado – del himno uruguayo: “si enemigos la lanza de Marte, si tiranos de Bruto el puñal”. En 1897 al matar al presidente Idiarte Borda, Avelino Arredondo se convirtió en el único tiranicida o tal vez, sólo magnicida, de la historia uruguayana.

4. Un vendaval romántico que rezuma ambición y muerte

El primer encuentro entre españoles e indígenas que se produce en la novela está ambientado en una típica escenografía romántica. Una devastadora tormenta sorprende a Ordaz y a Olmedo que se refugian en una gruta, allí Teutila⁸ imponente lee el temor en sus rostros y por ello les expresa su compasión. El joven español estalla en admirada pasión hacia la indígena que lo ataja declarando su amor hacia el hombre más valiente del mundo. A partir de aquí, temor, compasión, pasión y valentía se desencadenan y seguirán fluyendo a lo largo de la obra. Cortés condimenta su afán de poder con el deseo sexual, como lo dice Teutila “en mi esclavitud tiene una gran parte su brutal lujuria” (p. 62). Otro ejemplo ilustrativo de una conducta desbordada es la ascensión de Ordaz a la boca del volcán Popocatepetl por afán del español de deslumbrar a Teutila que “amaba las acciones valerosas” (p. 55). Un comportamiento desaforado en que se conjugan a la manera romántica el aventurerismo y la audacia para despertar el amor.

415

No sólo el abnegado sacrificio a un patriótico ideal de justicia conduce a la muerte, también la ambición y el deseo. Mientras que Jicoténcal el viejo muere “como el que se duerme en el regazo de la templanza y de la salud” (p. 115), las restantes muertes tienen en común la forma trágica, más bien truculenta en que ocurren, desbordes emocionales propios de la estética romántica. Magiscatzin muere pidiendo que describan a Cortés sus atroces sufrimientos y su arrepentimiento. Aunque esto no conmoverá al conquistador da su resultado en D^a Marina que también se arrepiente y decide volver al “camino de la virtud” (p. 110). Las muertes de la pareja protagonista es un extremo de dolor, convulsiones, gritos desgarradores, pero su efecto es mayor que cualquier otra porque se trata del perverso castigo de dos justos. En el caso de Teutila la tensión aumenta por la posibilidad, a último momento frustrada, de que pueda coronar su esfuerzo tiranicida.

8 Debe señalarse que Teutila no es una mera sombra subordinada de su marido – héroe epónimo de la obra – ni un inerte objeto de deseo de los españoles. Antes bien, se trata de un personaje central que atraviesa la novela desplegando voluntad creciente y agenda de acción.

5. Embates al colonialismo y al clericalismo.

La condena del colonialismo español recorre toda la novela con una rotundidad sin atenuantes, al comienzo del libro 1º se describe lo hecho por Hernán Cortés y su hueste como el accionar de “una banda de soldados a sueldo y órdenes de un déspota, que tenía su trono a más de dos mil leguas de distancia” (p. 3). Hacia el final del último capítulo se dice:

Cuando se encarecen como heroicas y grandes hazañas la devastación de pueblos enteros, la agresión injusta de países pacíficos y remotos, la muerte y desolación conducidas por un ambicioso y acompañadas de todos los crímenes y horrores de una soldadesca sin freno; cuando se veneran como hechos de la piedad más cristiana el haber levantado una cruz sobre los escombros de provincias enteras y sobre los cadáveres de millones de hombres, y el haber convertido a algunos naturales, arrastrados o por miedo o por la bajeza, o por el interés, ¡se osa profanar así el nombre augusto de la Libertad! (p. 128).

Este juicio se repite en varios enfrentamientos polémicos en los que ensaya una débil defensa del colonialismo Fray Bartolomé de Olmedo. Un fraile mercedario (muerto en 1524), capellán de la empresa y hombre de confianza de Cortés, a quien se acredita la evangelización de Malinche y Moctezuma y la celebración de la primera misa en México (PLACER LÓPEZ, 1961, *pássim*). En el probable *dramatis personae* de la novela, el fraile ha sido elegido con atención. Por ser una figura histórica de destaque en la conquista mexicana, encargado no sólo de funciones apostólicas como de negociaciones políticas, encarna la indisoluble unión entre la colonización y la Iglesia. Por eso, la disputa religiosa que los indígenas le hacen constituye a la vez una requisitoria anticolonial. Demoler los supuestos con los que los conquistadores desean imponer su religión es el fundamento al rechazo de su mera presencia en tierras americanas.

A comienzos de la novela, Diego de Ordaz dice al fraile que los móviles evangelizadores de la conquista son “hipocresía”, los verdaderos motivos son “el espíritu aventurero, la holgazanería anexa a los militares, la ambición [...], el oro y la plata” (pp. 12-13). Olmedo no halla mejor argumento que “Dios ha escogido grandes pecadores

para instrumento de sus altos designios”, agrega que en los españoles el providencialismo se une a un “sagrado respeto a la autoridad real” (pp. 13-14). Así, el fraile suelda la fe ciega con la aceptación de la voluntad del monarca como representante humano de Dios.

Luego cuando Olmedo lamenta que la rudeza de Teutila le impida conocer a Dios, ésta retruca, tratándolo de “extranjero”, con una sucinta explicación de la religión natural. Basta admirar al universo para conocerlo, dice la indígena, desmoronando la pretensión de superioridad y de monopolio en el conocimiento del dios verdadero en que los colonizadores basarán el sometimiento de los nativos americanos.

Estando Teutila cautiva de Cortés, el fraile procura “convertirla”. Nuevamente, el argumento es providencialista; sus pesares, dice, responden a la voluntad de Dios quién así la llama. La joven se encrespa tratándolo de blasfemo, impostor e hipócrita lleno de “vicios abominables” que se atreve a suponerse “ministros de un Dios”. Olmedo explica que Dios la hace sufrir “para probar tu paciencia y tu sumisión a sus inmutables decretos”. Teutila no duda en afirmar que el extranjero no conoce a Dios porque éste no se complace con el dolor humano ni necesita probar “para conocer a una de sus ínfimas partes”. Esta reflexión tiene un característico tono volteriano que recuerda las críticas que en ese sentido dispara el autor del *Cándido*.

Sin duda, el mayor rival dialéctico del fraile es Jicoténcal el viejo, de quién quiso que al igual que Magiscatzin cometiera lo que el texto llama una apostasía. El tlaxcalteca comparte la creencia en un dios creador y ordenador de todo, pero le parece “imposible” que se haga “anunciar por medio de crímenes”. Plantea los límites de su creencia: no acepta que “de la nada pueda salir nada”, que lo creado sea “tan antiguo como su Ordenador”, tampoco la noción de infinito. Por ello, pide que Olmedo le instruya los misterios de su fe, pero como aquél le dice que son “superiores al alcance de nuestro entendimiento”, el anciano afirma que un “Ser tan sabio” no puede comunicar “cosas que repugnan a mi razón”. Jicoténcal exalta la razón como suprema fuente de la moral humana y rechaza una religión que es “todo violencia y todo ciega sumisión”. El fraile apela entonces a los milagros y el tlaxcalteca entona una exposición de la religión natural. Creer en milagros ofende a Dios, le dice; las leyes que ordenan el mundo no pueden infringirse sin que caiga el conjunto, Dios puso en los humanos los conocimientos

convenientes sin necesidad de violar las leyes que fijó. El mercedario, que lo trata de “obcecado anciano”, alega que la máxima “Ama a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo” prueba la superioridad del catolicismo. Pero el viejo Jicoténcal se escandaliza y le aconseja que ponga en práctica el precepto, ya que es inadmisibles “¡predicar una doctrina semejante con la guerra, el libertinaje y los vicios más escandalosos!” (pp. 83-86).

En 1827 el primer crítico de “Jicoténcal” había notado que los indígenas “are very unprejudiced, enlightened, and philosophical savages” (LEAL y CORTINA, “Introducción” en VARELA, 1995). Efectivamente, los tlaxcaltecas de la novela exhiben una concepción de la divinidad que es la de los filósofos de la Ilustración. Un dios accesible a toda la Humanidad a través de la razón y no revelado a un grupo privilegiado que interpreta sus designios y los trasmite a los demás pueblos. Un dios como el concebido por Newton, un “Primer Relojero” que crea el universo y le da sus leyes pero que se retira luego. Por ende, es inútil querer descifrar en cada acontecimiento la voluntad divina (HAZARD, 1958, pp. 153-172).

Para el anónimo novelista la exposición de sus diferencias con el catolicismo no es sólo una cuestión de creencias, si no que va de la mano con el rechazo de la conquista y colonización de América. Éstas se habían hecho amparadas en la superioridad racial y cultural de los colonizadores que se manifestaba en demostrar que los indígenas ignoraban la verdadera fe. En 1826, negar ese supuesto podía ir más allá del rechazo a concepciones religiosas. Para varios pensadores liberales latinoamericanos una actitud de independencia en el pensamiento, las creencias y la sensibilidad era decisiva para no pasar de una dominación colonial a otra.

6. La autoría anónima y la publicación en Filadelfia

Una recapitulación de la historia de la lectura de “Jicoténcal” y su recepción crítica muestra que si bien aún hoy la novela no es conocida fuera de un núcleo de especialistas, su olvido fue casi absoluto durante casi un siglo medio después de su publicación. Recién en 1960 resurge de la literatura hispanoamericana e hispana

de los EEUU y a fin de siglo cobra un nuevo impulso crítico⁹. Desde entonces se agita la polémica sobre su autoría, en ella los críticos sólo han manejado hipótesis referentes a coincidencias biográficas o rasgos estilísticos que son, por su naturaleza, endebles e inverificables. Sólo la producción de una evidencia material podrá despejar la persistente incógnita. Un rasgo que se vislumbra a la distancia es que las disputas en torno a la autoría de la obra parecen responder menos a un interés por la identidad del autor que por el de su nacionalidad. Un debate que tal vez se entrelace con la lucha de poder entre las comunidades hispanas de Estados Unidos.

La polémica se asienta en dos sólidos pilares de la crítica literaria tradicional que que sin embargo hoy se encuentran seriamente cuestionados. Uno es la creencia en que una obra sólo puede adscribirse a una literatura nacional. El otro son las nociones de la coherencia del autor y de la obra.

419

Jicoténcal cuestiona el concepto de literatura nacional nacido con la identificación entre Nación y Literatura postulada por el Romanticismo. Cada literatura nacional se integra por todas las obras escritas por autores de una misma nacionalidad y en la lengua correspondiente. Esta noción fue indiscutida entre 1745 y 1945 coincidiendo con el ascenso del nacionalismo. En el período subsecuente, con la crisis de las naciones y aún de lo local, se viene produciendo la desconstrucción de aquel modelo. Surgen perspectivas que cuestionan que la identidad entre la nacionalidad y la lengua del autor y de la obra sean los rasgos exclusivos para constituir una serie textual relevante. Se consideran entonces otros factores como son el referente de la obra, o sea de qué trata, y más concretamente, a quién se destina o a quién interpela. Este otro por qué hay obras no jerarquizadas por lectores que coincidan con el lugar de nacimiento y la lengua del autor y sí por otros. Así mismo, cómo se producen diferentes interpretaciones por diversas comunidades de lectores que responden a otras variables (clase, sexo, edad, etnicidad, orientación sexual, etc.) que no son sólo las de nación. Un enfoque tal no se reduce

9 El artículo de Luis Leal “Jicoténcal, primera novela histórica en castellano” (1960), la rescató del olvido, y Antonio Castro Leal la incluyó en una antología *La novela del México colonial* (1964). En 1995 Leal y Cortina la reeditan eliminando la referencia al anonimato y adjudicándosela de manera apodíctica al sacerdote cubano de Félix Varela (1788-1853). Vale decir, establecen su autoría a priori y ofrecen pocas pruebas que la sostengan.

a revertir el criterio clasificatorio y reagrupar las obras nuevos factores. Concibe la integración de cualquier serie textual como una decisión culturalmente construida donde cada serie en particular es una entre varias posibles y no una determinación única y permanente y las obras se adscriben a series coexistentes. *Jicoténcal* es inclasificable dentro de una literatura nacional porque su lengua y presumiblemente su autor no se corresponden con el lugar de publicación. Ha sido reclamada con justicia por la literatura de los hispanos en Estados Unidos pero para integrarla a la literatura latinoamericana se necesita una noción de ésta que destrabe las relaciones de lengua, nación y territorio en la integración de series textuales¹⁰.

En otro sentido, la polémica sobre la autoría de *Jicoténcal* se relaciona al supuesto de la coherencia de la noción de autor. Conocer la identidad de quien redactó una novela habilita la práctica de interpretarla equiparándola al conjunto de la obra de un profesional de las letras. El texto quedaría determinado y hasta subsumido en otras obras y en la biografía de un autor. Este procedimiento se basa en la creencia de que un autor es un ser autosuficiente y coherente cuya producción textual se encuentra armónicamente ensamblada, vale decir, una persona que afirma básicamente lo mismo en todo lo que firma. También se apoya en la noción de que la obra, sea un texto particular o el conjunto de la producción escrita, es un objeto sin contradicciones, completo y lógico. Estas nociones han sido criticadas a partir de Roland Barthes “La muerte de l’auteur” (1968) y de Michel Foucault en su “Arqueología del saber” (1969) y en “¿Qué es un autor?” (19xx). La crítica postestructuralista desconstruyó las nociones de autor y obra señalando sus fisuras y las contradicciones y resistiendo las asimilaciones reductoras a la unidad de elementos de por sí heterogéneos y contradictorios. Se critica la operación de borrar la singularidad de la obra sometiéndola a lo que la crítica haya predicado sobre las obras y biografías de autores.

10 Walter Mignolo en “La lengua, la letra, el territorio (o la crisis de los estudios literarios coloniales)” en *Dispositio*, volumen XI, Nros. 28 y 29, Michigan, 1986, plantea que en Hispanoamérica colonial se produjeron y circularon innumerables textos escritos en diversas lenguas además del castellano: para empezar el latín, lengua oficial del Imperio Español en el ámbito del foro y el altar; luego, las lenguas indígenas usadas por aquellos que lograron apropiarse del código escrito de sus vencedores.

Mucha mayor relevancia cobra la reflexión si se pregunta la función que “Jicoténcal” pudo haber cumplido o, al menos, la intención con que habría sido diseñada. También aquí se tratar de hipótesis de ardua verificación. Dada la dura denuncia anticolonialista de esta obra y el lógico malestar que generaría en autoridades españolas, la razón más lógica para su anonimato parece hallarse en la probable condición de exiliado del autor que lo habría llevado a ocultar su identidad para no poner en riesgo su actividad pública en los Estados Unidos y/o en Hispanoamérica o España.

La publicación de libros en español en los EEUU de aquellos años podría sorprender al no informado de la existencia de una actividad editorial de ese tipo¹¹. Sin embargo, esa actividad comercial era buen negocio para la industria editorial estadounidense que aprovechaba no sólo la existencia de la comunidad de lectores hispano hablantes radicados en el país sino también el enorme potencial de un público de lectores ubicados fuera de fronteras. Además la censura impedía que ciertas obras fueran impresas en Hispanoamérica¹². Ejemplos de esto lo son la obra mencionada en la nota anterior así como libros de propaganda religiosa y masónica que eran contrabandeados hacia las repúblicas hispanoamericanas. Junto con el interés económico actuaba el interés proselitista de algunos editores en difundir literatura de sus creencias. Filadelfia no sólo contaba con una industria desarrollada también era desde sus orígenes un emporio cultural y un centro de la reflexión religiosa y política, Gonzales Sae-Saue dice que esta ciudad a comienzos del siglo XIX era “a hotbed for liberal political ideologies” (p. 189).

11 Un temprano caso de edición en lengua española en la ciudad de Philadelphia es la obra *La independencia de la Tierra Firme* justificada por Thomas Payne, treinta años ha que en 1811 publicó la imprenta de T. Y. J. Palmer, traducida por el caraqueño Manuel García Sena. Esta obra es conocida en Uruguay por la probable influencia que tuvo en la concreción de las ideas federalistas de las Instrucciones de 1813. Ver FERREIRO, Felipe. “La independencia de la Tierra Firme justificada por Thomas Payne, treinta años ha’ y su influencia en las ideas federalistas”. En: *La disgregación del Reyno de Indias*. Montevideo: Barreiro y Ramos, 1981, pp 159-191.

12 Una situación análoga se produjo en los siglos XVII y XVIII, casas editoriales holandesas abastecían obras que figuraban en el *Index* a lectores de la Europa católica sometida a la policía ideológica de la Contrarreforma (Consultar el artículo de Robert Darnton).

7. Posible función del texto: reevaluar el pasado con miras al futuro cercano

¿Cuál es la realidad que circunda el contexto de lectura inicial de *Jicoténcal* o para decirlo en términos de Hans-Robert Jauss, su *horizonte de expectativas*? Es viable la reconstrucción de capas de sentido a partir de la consideración conjunta de una serie de acontecimientos ocurridos en el entorno cronológico inmediato a la aparición de la novela. En primer lugar, la llamada Expedición de los Cien Mil Hijos de San Luis (1823) en que Fernando VII llamó a tropas francesas a invadir España para ahogar represivamente el Trienio Liberal en que se había visto obligado a poner en vigencia la Constitución liberal aprobada en Cádiz en 1812. Quedó de manifiesto que la llamada Santa Alianza, con la que las coronas reaccionarias europeas se ayudaban a sofocar los brotes de liberalismo, era contundentemente efectiva. La amenaza de trasladar las acciones a América promovió la llamada Doctrina Monroe en 1823 por la que el Presidente de los Estados Unidos declaró la voluntad de este país de rechazar la injerencia en América de poderes coloniales extracontinentales reservándose para sí el papel de gendarme americano. A su vez, en 1824 luego de la Batalla de Ayacucho, España perdió todas sus colonias en tierra firme. En 1826 en el Congreso de Panamá convocado por Bolívar, algunas de las nacientes repúblicas independizadas discutieron sin mayores consecuencias reales posibilidades de unión y solidaridad. Hay que agregar que las formulas políticas criollas no fueron todas republicanas, no sólo existió una monarquía en Haití entre 1804 y 1806 y entre 1811 y 1820, si no que en México, la cruda guerra civil por la independencia se frenó provisoriamente con el Imperio de Agustín Iturbide (1822) en el que se fusionaron criollos y españoles para adelantarse a la movilización popular indígena¹³.

13 La idea de la monarquía (y su práctica, ya que salvo en los EEUU era la forma política imperante en Occidente) no fue del todo descartada hasta concluidas las luchas contra España. En Buenos Aires hubo hombres partidarios de la monarquía como San Martín, Belgrano y Rivadavia. Bolívar fue contrario a la monarquía, quizá más por razones prácticas que principistas, así como los porteños que buscaron un príncipe nunca lo lograron encontrar en Europa y menos en América, la inexistencia de dinastías autóctonas, reflexionaba el Libertador, provocaría una sangrienta resistencia en caso de querer imponer un monarca. Pero Bolívar propuso en 1826 a la república que llevará su nombre, una presidencia vitalicia y un senado hereditario (ROUQUIÉ, 2011, p. 36). México volvió a tener una corona con el emperador austriaco Maximiliano I apoyado por los conservadores locales y los ejércitos franceses, quien para darle la razón al análisis bolivariano, terminó fusilado.

Estos acontecimientos indican que *Jicoténcal* vio la luz en un ambiente histórico de sangrientas guerras civiles y de amenazas de intervenciones armadas, de gobernantes inclinados a unirse a poderes extranjeros para volverse contra la voluntad de sus pueblos, de imprácticos intentos de organizar la resistencia unidos. Esa verificación permite hipotetizar una lectura de la novela como dirigida a los sectores ilustrados de las recientemente independizadas repúblicas hispanoamericanas y a aquellos de los territorios aún sujetos al colonialismo.

No es audaz ver en la prédica condenatoria de la conquista mexicana no una gratuita valoración del pasado sino una alerta los lectores del siglo XIX de no repetir el pasado y ser capaces de extremar la unidad de los pueblos contra los nuevos poderes coloniales que amenazan sus repúblicas en la coyuntura post-independiente. Está claro que esta operación implica un uso casi alegórico del relato histórico y además una usurpación de la condición del indígena de quién se apropia su legitimadora visión de pueblo y raza injustamente sometidos para hacerlo portavoz de intereses y cosmovisiones que le son ajenas. Una prueba de lo antes afirmado, más allá de lo anacrónico y artificial de poner a b a nativos americanos de 1520 como *philosophes*, es el hecho sugestivo de que la forma en que se los menciona genéricamente es el de “americanos”, jamás como indios o indígenas.

La novela no debería ser leída como una mera recreación pasatista si no que se la puede plantear como una nueva escenificación de una coyuntura histórica crítica, la más crítica del continente, apuntando a un presente azaroso. En esta narración recreada el criollo se pone detrás del indígena que lo representa y los españoles simbolizan los antepasados de los imperios de la Revolución Industrial.

Cerca del bicentenario de la publicación de *Jicoténcal* la coyuntura latinoamericana experimenta rasgos persistentes que no han logrado cambiar aquellas viejas raíces, las relación es de estas naciones entre sí y con los poderes extrarregionales repite circunstancias de desigualdades internas y dependencia externa que tornan necesaria la inclusión de esta novela en el corpus de textos relevantes para la reflexión sobre el presente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BRAHAM, Persephone. "Varela, Félix. *Jicoténcal*. (Edición de Luis Leal y Rodolfo J. Cortina). Houston: Arte Público Press, 1995". En: *Hispanic Review*, nº 65, 1997, pp. 125-126.

DARTON, Robert. "Sounding the Literary Market in Prerevolutionary France". En: *Eighteenth Century Studies*, vol. 17 nº. 4. Disponible en: <<http://www.jstor.org/stable/2738131>>.

GARLAND, Marissa L. "The Authorship of *Jicoténcal*". En: *Hispania*, 88.3, 2005, pp. 445-455.

GONZALES SAE-SAUE, Jayson. "Gendered Nationalism in *Jicoténcal*". En: *MELUS*, vol. 30, nº 1, 2005, pp. 189-204.

GRILLO, Rosa María. "Tres novelas para la misma historia: el encuentro entre Cortés y Xicoténcatl". pp. 104-114.

424

HASSIG, Ross. "Xicoténcatl: Rethinking an Indigenous Mexican Hero". En: *Estudios de cultura Náhuatl*, nº 32, 2001, pp. 29-49. Disponible en: <<http://www.ejournal.unam.mx/ecn/ecnahuatl32/ECN03204.pdf>>. Acceso en: 12 de julio de 2012.

HAZARD, Paul. *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*. Trad. Julián Marías. Madrid: Guadarrama, 1958.

HERNÁNDEZ-MIYARES, Julio E. "Varela, Félix. *Jicoténcal*. (Edición de Luis Leal y Rodolfo J. Cortina). Houston: Arte Público Press, 1995.

LEAL, Luis; CORTINA, Rodolfo J. "Introducción". En: VARELA, Félix. 1995.

LÓPEZ ALFONOS, Francisco José. "*Jicoténcal*, los disfraces de la Historia". pp. 123-29.

MARIANA, Juan. *La dignidad real y la educación del rey*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1981.

MUÑOZ CAMARGO, Diego. *Historia de Tlaxcala*. (Germán Vázquez, ed.). Madrid: Historia 16, 1986.

PLACER LÓPEZ, Gumersindo. *Fray Bartolomé de Olmedo, capellán de los conquistadores de Méjico*. Madrid: Artes Gráficas H. de la Guardia Civil, 1961. Disponible en: <<http://bibliotecadigital.jcyl.es/i18n/consulta/registro.cmd?id=5842>>. Acceso en: 31 de julio de 2012.

ROUQUIÉ, Alain. *A la sombra de las dictaduras. La democracia en América Latina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011.

VARELA, Félix. *Jicoténcal*. (Edición de Luis Leal y Rodolfo J. Cortina). Houston: Arte Público Press, 1995. xlvii + 164 págs.